

La historia del pueblo de Israel

Es propio de las grandes cosas dejarse abrazar desde puntos de vista muy diversos y ensancharse con el mismo espíritu humano, de suerte que cada hombre, según su grado de cultura, y cada siglo, según comprendan más ó menos profundamente el pasado, encuentran por qué admirarlo por motivos diferentes. Cuando los críticos de la antigüedad y los del siglo XVII nos hablan de las bellezas que creen descubrir en Homero, nos maravilla la puerilidad de su estética; nosotros admiramos á Homero tanto como ellos, pero por otras razones. Cuando Bossuet y M. Chateaubriand creen admirar la Biblia admirando contrasentidos y faltas de sentido, la docta Alemania tiene derecho á sonreír; y sin embargo, la admiración de Herder y de Ewald, por ser mejor fundada no es menos viva. Cuanto más se considere el mundo y el pasado tales como son, lejos de convenciones y libre de ideas preconcebidas, más verdaderas bellezas se encontrarán en ellos, y en este sentido puede decirse que la ciencia es la primera condición de la admiración seria. Jerusalén ha salido más brillante y más bella del trabajo en apariencia destructor de la ciencia moderna; los piadosos relatos con que se meció nuestra infancia,

hanse convertido, gracias á una sana interpretación, en altas verdades, y es á nosotros, críticos, á quienes verdaderamente corresponde decir: *¡Stantes eran pedes nostri in atris, tuis, Jerusalem!*

Si abarcamos en su conjunto el desenvolvimiento del espíritu hebreo, nos impresiona el elevado carácter de perfección absoluta que da á sus obras el derecho de ser consideradas como clásicas en el mismo sentido que las producciones de la Grecia, de Roma y de los pueblos latinos. Sólo Israel, entre todos los pueblos de Oriente, ha tenido el privilegio de escribir para el mundo entero. Es, ciertamente, una admirable poesía la de los Vedas, y no obstante esa recopilación de los primeros cantos de la raza á que pertenecemos, no reemplazará jamás, en la expresión de nuestros sentimientos religiosos, á los *Salmos*, obra de una raza tan diferente de la nuestra. Las literaturas de Oriente no pueden, en general, ser leídas y apreciadas más que por sabios: la literatura hebraica, al contrario, es la *Biblia*, el libro por excelencia, la lectura universal; millones de hombres no conocen otra poesía. Es preciso averiguar sin duda, en este sorprendente destino, la parte á las revoluciones religiosas que, desde el siglo XVI sobre todo, han hecho considerar los libros hebreos como la fuente de toda revelación; pero se puede afirmar que si esos libros no encerraran algo de profundamente universal, jamás hubiesen alcanzado tal fortuna. La proporción, la medida, el gusto, fueron en Oriente privilegio exclusivo del pueblo hebreo. Israel tuvo, como Grecia, el don de hacer destacar perfectamente su idea, de expresarla en un cuadro reducido y acabado; por ello llegó á dar al pensamiento y á los sentimientos una forma general y aceptable para todo el género humano.

Gracias á esta adopción universal, no hay histo-

ria más popular que la de Israel, y no obstante, historia alguna ha tardado más en ser comprendida. Es suerte de las literaturas que se conviertan en base de una creencia religiosa, tomar la rigidez del dogma y perder su fisonomía real para trocarse en simbólica convenida, en la que se va á buscar argumentos para todas las causas. De la historia del pueblo más opuesto á la monarquía que haya existido jamás, Bossuet ha podido sacar una justificación de la política de Luis XIV; tal otro ha deducido la teocracia; otro, en fin, ha visto en ella la república. Alemania, la primera; con ese don de intuición histórica que parece haberle sido especialmente concedido para las épocas primitivas, distinguió la verdad, é hizo de la historia del pueblo judío una historia como cualquiera otra, redactada, no con arreglo á miras teológicas por anticipado fijadas, sino según el estudio crítico y gramatical de los textos. El trabajo de la exégesis bíblica, construido piedra á piedra con una continuidad maravillosa y una incomparable tenacidad de método, es sin contradicción la obra maestra del genio alemán y el modelo más perfecto que se pueda ofrecer á las otras ramas de la filología. Ya varios años antes de la Reforma, Alemania se había hecho de la ciencia del hebreo una especie de dominio propio, del que después no ha sido desposeída. En los siglos XVII y XVIII, la crítica, detenida en Francia por el espíritu estrecho de los teólogos, ó extraviada por la falta de inteligencia en historia que caracteriza la escuela de Voltaire, hizo allí maravillosos progresos; y después, la generación de los Michaelis, de los Eichhorn, de los Rosenmüller, de los Wette, de los Winer, de los Gesenius, se podía creer que no había nada más que hacer en el círculo de los estudios hebraicos.

*El genio
alemán?*

M. Ewald, sin embargo, ha probado en estos últimos años, en numerosos escritos, y sobre todo, en su hermosa *Historia del pueblo de Israel*, que el papel de la gran crítica en este campo siempre nuevo, distaba de estar terminado. Por el atrevimiento de sus puntos de vista, su penetración de inteligencia, su brillante imaginación, el maravilloso sentimiento que posee de las cosas religiosas y poéticas, M. Ewald ha sobrepujado en mucho á todos aquellos que antes que él se han ocupado de la historia y de la literatura del pueblo hebreo. Es cierto que algunas manchas obscurecen sus raros méritos: la finura de las apreciaciones degenera en él á veces en sutilidad; no se detiene siempre bastante pronto en la vía de las conjeturas; los orígenes del pueblo de Israel, la época patriarcal, las fábulas primitivas, son tratadas demasiado arbitrariamente, en medio de aproximaciones aventuradas con mitología completamente extrañas al espíritu hebreo. El cuadro de los últimos siglos de la historia judía, de los que preceden y preparan inmediatamente el cristianismo, se resiente también á veces de las ideas particulares de M. Ewald en materia de religión y de filosofía, ideas á las cuales no se puede negar cuando menos una singular originalidad, y en las que el autor cree poder asociar una especie de fanatismo cristiano al racionalismo más manifiesto. La parte excelente de la obra de M. Ewald, es el relato del período puramente hebraico, desde Samuel hasta los Macabeos. La historia de David y de Salomón, el papel de los profetas, las diversas revoluciones religiosas de la época de los reyes, los tiempos de la cautividad, el carácter de la poesía hebraica, y sobre todo la de los Salmos, constituyen maravillosas exposiciones que será posible rectificar en muchos puntos, pero no sobrepujar en cuan-

to al conjunto y la concepción general. ¿Por qué el sabio profesor de Göttinga comete la falta de mezclar á tantos y tan bellos estudios, á páginas llenas de entusiasmo, una polémica acerba contra personas cuya opinión á menudo no difiere de la suya más que por un matiz? ¿Por qué, en particular M. Ewald, se cree obligado á rebajar á un hombre como Gesenio, que no podría serlo comparado en modo alguno por la filosofía y el sentimiento estético, pero que no ha sido aventajado como filólogo y como gramático? M. Ewald, tan superior á su rival por la inteligencia poética y la elevación del talento, no tenía necesidad de negarle estas sólidas cualidades para brillar él en primera línea entre los críticos y los exégetas de nuestro siglo.

I

Una cuestión preliminar domina todos los problemas relativos al pueblo de Israel:—¿cómo fueron redactados los documentos que sirven de base á la historia de los hebreos, y sobre todo las cinco partes más antiguas de sus anales que se acostumbra á reunir bajo el nombre de Pentateuco?

Una hipótesis presentada en el siglo último como una atrevida paradoja, y según la cual, el Pentateuco se habría formado por la reunión de fragmentos históricos de procedencia diversa, es ahora adoptada por todos los críticos ilustrados de Alemania. La distinción entre el fondo y la forma, distinción tan esencial en las literaturas primitivas, lo es sobre todo en la literatura hebrea, pues nin-

guna ha sufrido tantos retoques. Se puede afirmar, por ejemplo, que encontramos en los libros del Exodo y de los Números informes completamente auténticos y contemporáneos sobre el estado y los actos de los israelitas en el desierto y la península del Sinaí. ¿Es preciso afirmar que los libros del Exodo y de los Números, tal como los poseemos, datan de aquella época? No, ciertamente. La redacción definitiva de los libros que contienen la historia antigua de Israel probablemente no remonta más allá del VII siglo antes de nuestra era; al lado de fragmentos antiguos conservados casi textualmente, pueden encontrarse fragmentos mucho más modernos y á los cuales debe aplicarse principios de crítica enteramente diferentes.

Los perspicaces y doctos filólogos que se han consagrado en Alemania á la discusión de este curioso problema, entrevieron bien en los últimos tiempos, donde era preciso buscar la analogía de las leyes que han presidido á las transformaciones sucesivas de los escritos históricos de los Hebreos: es en la historiografía árabe. Cuando se compara, en efecto, unas con otras las distintas clases de historiadores musulmanes, se reconoce que todos casi no hacen más que reproducir un fondo idéntico, cuya primera redacción se encuentra en la *Crónica* de Tabari. La obra de Tabari no es en sí más que una compilación de tradiciones colocada una tras otra sin la más mínima intención de crítica, llena de repeticiones, de contradicciones, de derogaciones del orden natural de los hechos.—En *Ibn-al-Athir*, que marca un grado de redacción más avanzado, la relación es seguida, se huye de contradicciones, el narrador escoge una vez por todas la tradición que le parece más probable, y pasa en silencio las otras; *divos* más modernos aparecen insertos aquí y allí;